

AYLLU-SIAF, Vol. 3, N° 2, Julio-Diciembre (2021) pp. 123-140.

ISSN: 2695-5938 e-ISSN: 2695-5946

DOI: 10.52016/Ayllu-Siaf.2021.3.2.5

CIORAN Y DOSTOYEVSKI: EL DESPERTAR DE LA CONCIENCIA Y LA LASITUD DE ESTAR DESPIERTO.

José Luis Álvarez Lopezello, Universidad Autónoma del Estado de México.

Recibido: 2021-05-19

Aceptado: 2021-05-19

Resumen

En el presente escrito se pretenden mostrar algunas afinidades espirituales de Cioran con respecto a Dostoyevski. Sospecho que Cioran se convirtió en un personaje literario de su amado novelista ruso. O, para decirlo con Merejkovski, se vio obligado a vivir la vida de uno de sus héroes. Para explicar lo que quiero decir, me valdré de un par de novelas de Fiodor Dostoyevski. Así pues, mostraré, en un primer momento, las coincidencias biográficas de Cioran con el personaje principal de *El sueño de un hombre ridículo*, para, enseguida, exponer sus afinidades filosóficas (entiéndase espirituales) con el protagonista de las *Memorias del subsuelo*.

Palabras clave: Cioran; Dostoyevski; conciencia; lucidez; tragedia.

Abstract

In present times, writing is often considered to show some spiritual affinities of Cioran related to those of Dostoyevski. This paper argues that Cioran became a literary character of the esteemed Russian novelist. Or, as stated by Merejkovski, Cioran was forced to live the life of one of Dostoyevski's heroes. To elaborate this point, I will look into some of Fiodor Dostoyevski novels. I will start with an analysis of the biographical similarities between Cioran and the main character of *The Dream of a*

ridiculous man, to immediately compare Cioran's philosophical (therefore spiritual) affinities with those of the protagonist of the *Memories of the subsoil*.

Key words: Cioran; Dostoyevski; conscience; lucidity; tragedy.

Cioran y Dostoyevski: el despertar de la conciencia y la lasitud de estar despierto.

Mientras tengas en las manos un libro de Dostoyevski te verás obligado a vivir la vida de sus héroes.

Merejkovski, *Antología escritores rusos*.

Inicié este apartado con un epígrafe de Merejkovski debido, entre otras razones, a que Ion Vartic refiere que el libro favorito del joven Cioran fue la *Antología Escritores rusos*, de Merejkovski: compendio que leyó y borroneó con avidez. «Convencido de que sólo los estados de ánimo excesivos y contradictorios son fecundos [indica Vartic acerca de Cioran], no es que se sienta atraído de forma obsesiva por «la problemática de la psicología del ruso», sino que *tiene*, de hecho, una psicología rusa»¹. Efectivamente, Cioran jamás mostró empacho en admitir que la literatura que más le deslumbró durante su juventud fue la rusa. A decir verdad, ésta le obsesionó toda su vida. De ella amó su pasión por el hundimiento, por el tedio, por el vacío y por el sinsentido. A lo largo de sus textos las referencias hacia los escritores rusos son numerosas: les admiró cual obseso. Baste mencionar que en *Historia y utopía* escribió un amplio ensayo titulado *Rusia y el virus de la libertad*; en *La caída en el tiempo* publicó *El más antiguo de los miedos, a propósito de Tolstoi* y en *La tentación de existir* le dedicó un ensayito a Gogol.

Sin embargo, del extenso florilegio de pensadores rusos, Cioran sintió especial debilidad por Chestov, Chéjov y Dostoyevski. Del primero de ellos escribió lo siguiente: «En mi juventud, bebía mucho, se bebía mucho en los Balcanes, por desesperación. Mi filósofo era Chestov, un judío

1 Vartic, I, *Cioran ingenuo y sentimental*, p. 16.

ruso que tuvo cierta influencia en Francia en la posguerra. Chestov era un Dostoyevski en versión contemporánea, un Dostoyevski filósofo»². Mientras que su admiración por Chéjov le llevó a redactar estas líneas:

Chéjov: el escritor más desesperado que haya existido jamás. Durante la guerra, yo prestaba sus libros a Picky P., gravemente enfermo, quien me suplicó que no le diera más, porque, con sólo leerlos, perdía el valor para resistir sus males. Mi *Breviario*: es el mundo de Chéjov degradado a la categoría de ensayo.³

Finalmente, a Dostoyevski lo menciona con voluptuosa insistencia en casi todos sus libros. En sus *Conversaciones* y en sus *Cuadernos* refiere haberlo leído –completamente- cinco o seis veces, pues, simbolizó para él una suerte héroe del pensamiento. «Dostoyevski fue hasta el límite de la razón, hasta el vértigo último. Para mí es el mayor escritor, el más profundo y el que comprendió prácticamente todo, en todos los terrenos, incluso en política»⁴.

Ahora bien, aquello que suele decirse a propósito de que después del trato cotidiano con un pensador se corre el riesgo de imitarlo (más o menos intencionalmente), en el caso de Cioran con respecto a Dostoyevski es doblemente cierto. Sospecho que Cioran se convirtió en un personaje literario de su amado novelista ruso. O, para decirlo una vez más con Merejkovski, se vio obligado a vivir la vida de uno de sus héroes. (Incluso Cioran era consciente de ello, pues, a juicio suyo «Casi todas las obras se componen de destellos de *imitación*, estremecimientos aprendidos y éxtasis robados»⁵). Para explicar lo que quiero decir, me valdré de un par de novelas de Fiodor Dostoyevski. Así pues, mostraré, en un primer momento, las coincidencias biográficas de Cioran con el personaje principal de *El sueño de un hombre ridículo*, para, enseguida, exponer sus afinidades filosóficas (entiéndase espirituales) con el protagonista de las *Memorias del subsuelo*.

2 Cioran, E, *Conversaciones*, p. 102.

3 Cioran, E, *Cuadernos*, p. 42.

4 Cioran, E, *Conversaciones*, p. 71.

5 Cioran, E, *Silogismos de la amargura*, p. 26.

1.- Coincidencias biográficas de Cioran con el hombre ridículo.

1.1.- De visita en el ático cioraniano y en la buhardilla del hombre ridículo.

En primer lugar, es bien sabido que Cioran pernoctó poco más de veinticinco años en hotelitos parisinos hasta que, finalmente, en la década de los sesentas, hizo de una modesta buhardilla (situada en un quinto piso) su hogar. Al igual que *el hombre ridículo*, quien anidaba en un ático: «Subí a mi piso quinto. Habitaba un cuarto de una vivienda donde se alojaban otros inquilinos. Mi habitación era reducida y pobre, con una ventana de buharda en forma de semicírculo. Tenía un sofá de cuero americano, una mesa con libros, dos sillas y una cómoda butaca, vieja a no poder más; pero de muy buena hechura»⁶. No muy distinto es el retrato que Ion Vartic trazó de la buhardilla cioraniana:

Emocionante e insólito era el célebre ático. El chamizo del tejado. Con su angosto pasillo, desnivelado a ojos vista, irregular, jincierto como un puente! De ahí se pasaba a una celda monacal, pero había que tener cuidado de no dar con la cabeza en la parte de arriba. Una habitacioncita de una austeridad absoluta: estufa de tubo, mesa de madera cepillada, un sofá cualquiera, dos o tres sillas frágiles, de paja.⁷

1.2.- El insomnio cioraniano y las noches blancas del hombre ridículo.

En segundo lugar, Cioran y *el hombre ridículo* fueron torturados por un feroz insomnio.

Desde el año pasado me acostumbré a estar en vela hasta la aurora.

6 Dostoyevski, F, *El sueño de un hombre ridículo*, p. 150.

7 Vartic, I.: op. cit., p. 158.

Permanecía sentado en mi sillón, junto a la mesa, sin hacer nada. Sólo leía durante el día. Porque la noche me estaba sentado, sin pensar siquiera: acudían las ideas a mi cabeza y yo las dejaba vagar como si tal cosa. Cada noche me consumía una vela.⁸

A propósito de sus noches blancas, Cioran escribió que:

El insomnio es una lucidez vertiginosa que convertiría el paraíso en un lugar de tortura. Todo es preferible a ese despertar permanente, a esa ausencia criminal del olvido. Las horas de vigilia son, en el fondo, un interminable rechazo del pensamiento, son la conciencia exasperada por ella misma, una declaración de guerra, un ultimátum que se da el espíritu a sí mismo.⁹

1.3.- A propósito del odio filantrópico de Cioran y Dostoyevski.

En tercer lugar, compartían el ambiguo amor-odio hacia los seres humanos: sentimiento presente en cualquier espíritu lúcido. Pese a la repulsión que sentía *el hombre ridículo* hacia los hombres (¡por eso se había pegado un tiro en el corazón!), aún era capaz de experimentar la más tierna compasión frente a las desgracias ajenas. «Miren: aunque todo me era indiferente, aún podía sentir el dolor. Si alguien me hubiera dado un golpe, me hubiese quejado. Y lo mismo en un sentido moral: ante una escena conmovedora, me hubiese movido a lástima»¹⁰. De manera similar, aunque Cioran en el trato cotidiano era víctima de la más cándida filantropía (en presencia de la miseria humana, su sobrecogimiento era tal que tenía que morderse el puño para no gritar), en sus escritos liquidaba a toda su especie, pues, le generaba tanto asco como sufrimiento ser parte de esa depravada raza.

Yo no soy un amigo del hombre y no estoy en absoluto orgulloso

8 Dostoyevski, F, *El sueño de un hombre ridículo*, p. 151.

9 Cioran, E, *En las cimas de la desesperación*, pp. 9-10.

10 Dostoyevski, F, *El sueño de un hombre ridículo*, p. 151.

de ser un hombre. Es más: tener confianza al hombre representa un peligro amenazador, la creencia en el hombre es una gran necesidad, una locura. Yo soy una persona que en el fondo desprecia, podríamos decir, al hombre.¹¹

1.4.- Consideraciones en torno a la inanidad de la existencia.

En cuarto lugar, ambos comulgaban a propósito de la inanidad de la existencia. Ninguno encontraba justificación válida para su vida o para la del resto de seres humanos. Antes bien, cuanto vislumbraban les parecía gratuito y sin sentido: producto de la locura normalizada antes que de motivos racionales.

Me refiero al convencimiento que se apoderó de mí de que nada en este mundo valía la pena [confiesa *el hombre ridículo*]. Ya hace tiempo que se me iba insinuando la idea, pero su plena realización en mí no se efectuó hasta el pasado año y de modo súbito. De pronto sentí que me era igual que el mundo existiese como si no existiese nada en absoluto.¹²

En el mismo sentido, Cioran sentenció que cualesquiera acciones, bien pensadas, obedecen al más profundo absurdo. «Lo cierto es que la vida no tiene ningún sentido; pero aún más cierto es que nosotros vivimos como si tuviera uno»¹³. En suma, uno y otro convienen en que nuestros delirios no resisten al tamiz clarividente, sino que son devorados lentamente por una lucidez devastadora, como la polilla invisible que traga la viga. Paradójicamente: «Todo es saludable, salvo interrogarse constantemente sobre el sentido de nuestros actos, todo es preferible a la única cuestión que importa»¹⁴.

A decir verdad, Cioran y *el hombre ridículo* partían de la firme convicción

11 Cioran, E, *Conversaciones*, p. 194.

12 Dostoyevski, F, *El sueño de un hombre ridículo*, p. 148.

13 Cioran, E, *Extravíos*, p. 23.

14 Cioran, E, *Ese maldito yo*, p. 126.

de que su vida — ¡como cualquier otra! — era completamente prescindible. Pues, el hecho de existir, haber existido o no existir en absoluto, nada cambiaría del diabolismo inconsciente en que se riza el universo. Al ser todo provisional, no existe el menor motivo para hacer una cosa en lugar de otra. Frente a esta certeza, las ilusiones se encogen, como ciruelas secas. De igual manera, compartían la tesis según la cual: a mayor consciencia de la propia finitud se acrecienta la evidencia de la propia insignificancia.

¿Qué importancia puede tener que yo me atormente, que sufra o que piense? Mi presencia en el mundo no hará más que perturbar, muy a mi pesar, algunas existencias tranquilas y turbar — más aún a mi pesar — la dulce inconsciencia de algunas otras. Si he de ser sincero, debo decir que no sé por qué vivo, ni por qué no dejo de vivir. La clave se halla, probablemente, en la irracionalidad de la vida.¹⁵

1.5.- Algunos encuentros con el suicidio.

Finalmente —y para concluir el enlistado de similitudes biográficas de Cioran con *el hombre ridículo*—, me gustaría señalar su tendencia suicida. Si bien es cierto que Cioran no se quitó la vida, no lo es menos que el suicidio jamás dejó de seducirle, pues: «(...) *existir* es probar que no se ha comprendido hasta qué punto es lo mismo morir ahora que cuando sea».¹⁶ Conviene recordar que en *El aciago demiurgo* escribió más de una docena de páginas a propósito de sus *encuentros con el suicidio*. Y, en prácticamente todos sus libros se embelesó con la idea de que lo único que torna soportable la vida es la certeza de poder abandonarla cuando mejor nos venga en gana. Aunque, por otro lado, ni *el hombre ridículo* ni Cioran encontraban excusas legítimas para suicidarse ya que, frente al bostezo racional del “todo me da igual”, lo mismo da matarse que continuar viviendo: tan absurdo es lo uno como lo otro. Desde el punto de vista de Cioran:

15 Cioran, E, *En las cimas de la desesperación*, p. 63.

16 Cioran, E, *El malvado demiurgo*, p. 52.

No existe una voluntad o una decisión racional de suicidarse, sino únicamente causas viscerales e íntimas que nos predestinan a ello. Los suicidas tienen una predisposición patológica hacia la muerte, a la cual resisten en realidad, pero que no pueden suprimir. La vida en ellos ha alcanzado un desequilibrio tal que ningún motivo racional puede ya consolidarla¹⁷.

Por extraño que parezca, tanto en Cioran como en *el hombre ridículo* el deleite suicida obedecía más a sus caprichos que a sus cavilaciones. Pues: «Ningún suicidio es causado únicamente por una reflexión sobre la utilidad del mundo o sobre la nada de la vida»¹⁸. No olvidemos que al *hombre ridículo* lo impulsó a pegarse un tiro en el corazón una noche triste (¡la más triste que pueda uno imaginarse!) y el encuentro fortuito con una niña, y no dos meses de dubitativo insomnio:

Decidí matarme aquella misma noche. Ya hacía dos meses que lo había decidido firmemente y, aunque era pobre, compré un magnífico revolver el mismo día y lo cargué. Pero se habían pasado dos meses y aún estaba en el cajón de mi mesa: me era todo tan indiferente, que esperé aprovechar el momento en que no todo me fuese tan indiferente.¹⁹

Hasta aquí los fisgoneos biográficos de Cioran con *el hombre ridículo*.

2.- Afinidades espirituales entre Cioran y el hombre del subsuelo.

2.1.- La literatura como histrionismo y salvación.

En cuanto a sus “afinidades filosóficas” con el protagonista de las *Memorias del subsuelo*, iniciaré señalando que ambos coinciden en que para escribir es necesaria una fuerte dosis de histrionismo. Sobre todo, porque

17 Cioran, E, *En las cimas de la desesperación*, p. 95.

18 *Idem*.

19 Dostoyevski, F, *El sueño de un hombre ridículo*, p. 149.

(pese a ser conscientes de la vacuidad y de la vanidad de las palabras), no se permitieron renunciar a ellas — y mucho menos al rigor estilístico —. Sin embargo, también consideraban a la escritura como una terapia: como una suerte de asepsia de los humores que les envenenaban.

¿Para qué quiero en realidad escribir [se pregunta *el hombre del subsuelo*]? Si no es para el público, podría recordarlo todo mentalmente, sin necesidad de trasladarlo al papel. Sí, es cierto. Pero en el papel resulta más solemne. Hay en esto algo que impone, parece que uno se juzga con más severidad, *mejora el estilo*. Por otra parte, tal vez me sienta aliviado al escribir.²⁰

En este sentido, Cioran apuntó: «El horror ante lo accesorio me paraliza. Ahora bien, lo accesorio es la esencia de la comunicación (por lo tanto, del pensamiento), es la carne y la sangre de la palabra y de la escritura. Querer renunciar a ello es como fornicar con un esqueleto»²¹. Incluso, podría decirse que Cioran fue más recalcitrante que el personaje de Dostoyevski ya que, en una de sus *Entrevistas*, confesó lo siguiente:

Escribir, por poco que sea, me ha ayudado a pasar los años, las obsesiones *expresadas* quedan debilitadas y superadas a medias. Estoy seguro de que si no hubiera emborronado papel, me hubiera matado hace mucho. Escribir es un alivio extraordinario. La expresión es una liberación. He escrito para injuriar la vida y para injuriarme. ¿Resultado? Me he soportado mejor y he soportado mejor la vida.²²

2.2.- La historia: perfección en la parodia del infierno.

Por otro lado, comulgaban en que la historia universal no es más que un monumental fiasco, una infame pesadilla. De ahí que desprestigiar los

20 Dostoyevski, F, *Memorias del subsuelo*, p. 76.

21 Cioran, E, *Del inconveniente de haber nacido*, p. 175.

22 Cioran, E, *Conversaciones*, p. 17.

hipócritas triunfos que el imaginario colectivo guarda de ella fuese para ellos una cuestión de honor. «En una palabra, todo puede decirse sobre la historia universal, todo cuanto pueda ocurrírsele a la imaginación más desquiciada. Sólo una cosa no se puede decir: que es sensata»²³. A la par, Cioran sentencia que:

Todos los sueños, filosofías, sistemas o ideologías se estrellan contra lo grotesco del desarrollo histórico: las cosas ocurren sin piedad, de un modo irreparable, triunfa lo falso, lo arbitrario, lo fatal. Es imposible meditar sobre la historia sin sentir hacia ella una especie de horror.²⁴

Según refieren, la historia, lejos de ser una tierna utopía, representa un espectáculo tan sangriento como nauseabundo. «Miren en torno suyo: la sangre corre a mares y, además, con tanto empuje como si fuera champaña. Ahora bien, si [el hombre] no es tonto, es monstruosamente ingrato. ¡Es un fenómeno de ingratitud! Pienso, incluso, que la mejor definición del hombre es: un ser bípedo ingrato»²⁵. A decir verdad, es probable que no haya transcurrido un solo instante en que el ser humano haya cesado de cometer barbaries: «(...) él, quien moralmente es más deforme de lo que, físicamente, eran los dinosaurios»²⁶. Huelga decir que no hay criatura más depravada que la humana, ninguna otra bestia mancilla con tanto encono a sus semejantes. «En cuanto salgo a la calle, pienso: «¡Qué perfección en la parodia del infierno!»»²⁷.

2.3.- La lucidez: suicidio diferido.

En otro orden de ideas, Cioran y *el hombre del subsuelo* insisten en que cavilar no es un ejercicio inocente sino aciago, en tanto que quiebra los

23 Dostoyevski, F, *Memorias del subsuelo*, pp. 45-56.

24 Cioran, E, *Conversaciones*, p. 95.

25 Dostoyevski, F, *Memorias del subsuelo*, p. 57.

26 Cioran, E, *La caída en el tiempo*, p. 22.

27 Cioran, E, *Ese maldito yo*, p. 44.

deseos que estimulan a adherirse a la horda de los agitados. «Para iniciar la acción, es preciso estar completamente tranquilo de antemano, no hay que tener ninguna duda»²⁸. No obstante, dudar en demasía imposibilita cualquier faena: duda y acción no caminan juntas sino que se excluyen mutuamente. Una debe ausentarse para que se suscite la otra. Sólo obviando el sinsentido de nuestros actos es como conseguimos barnizarlos de seriedad, importancia o significado. «Mientras actúo, creo que lo que hago comporta un *sentido*, de otro modo no podría hacerlo. En cuanto dejo de actuar, y de agente me convierto en juez, ya no encuentro el sentido en cuestión»²⁹.

Efectivamente, para que nos excite la orgía del movimiento es necesario formar un mismo cuerpo con las ficciones: no se actúa sin una fuerte dosis de ignorancia y autoengaño.

El no-saber es el fundamento de todo, crea todo mediante un acto que repite a cada instante, engendra este mundo y cualquier otro pues no cesa de tomar por real aquello que no lo es. El no-saber es la gran equivocación que sirve de base a todas nuestras verdades; el no saber es más antiguo y más poderoso que todos los dioses reunidos.³⁰

Dicho de otro modo, cavilar implica agrietar paulatinamente las costras mentales que nos guarnecen: reflexionar en exceso equivale a una suerte de suicidio diferido, pues, asesina las quimeras que nos impelen a zangolotearnos en el delirio generalizado. Ahora bien, Cioran y *el hombre del subsuelo* nos advierten del peligro de atentar en contra del grandísimo estúpido que nos habita.

El sentimiento de nuestra importancia confina con la locura, de la que los hombres están mucho más próximos que de la lucidez. Hay que estar en verdad loco, o casi, para encontrar razón en lo que uno

28 Dostoyevski, F, *Memorias del subsuelo*, p. 33.

29 Cioran, E, *El malvado demiurgo*, pp. 52-53.

30 Cioran, E, *Del inconveniente de haber nacido*, p. 22.

hace, para sacrificar el tiempo vacío a un acto cualquiera, cuando la mente te descubre que cualquier cosa que hicieras sería fatalmente igual a cualquier otra y que no podría ser de otro modo.³¹

En realidad, para *el hombre del subsuelo* y para Cioran, la clarividencia es la antípoda del cándido sosiego puesto que se obtiene en detrimento suyo.

2.4.- Sólo los idiotas actúan.

Así pues, el exceso de conciencia en las acciones no sólo arruina la espontaneidad, sino que se inserta como una especie de hiato que impide el deleite cotidiano. «Y repito, insisto en repetirlo; todos los individuos espontáneos y los hombres de acción son precisamente activos por su condición de torpes y limitados»³². De ahí el contrasentido de imaginar un individuo tan lúcido como dichoso. Antes bien, las puertas de la felicidad sólo están abiertas a la paradisiaca imbecilidad. La palabra misma lo indica: felicidad es un estado de estulticia normalizado. ¡Sólo los estúpidos y los chalados son felices, naturalmente! «Ahora acabo mis días en un rincón, haciéndome rabiarse con el maligno consuelo, completamente inútil, de que un hombre inteligente no puede en realidad convertirse en nada; sólo el tonto lo consigue»³³.

En el fondo, el protagonista de las *Memorias del subsuelo* y Cioran comulgan en el carácter trágico del conocimiento. Para ellos, el despertar de la conciencia, más que crear una simple lasitud intelectual, genera una enfermedad espiritual — piénsese vital —.

Todo conocimiento llevado hasta sus últimas consecuencias es peligroso y nocivo, porque la vida es soportable únicamente porque no llegamos hasta las últimas consecuencias. Sólo si se tiene un mínimo de ilusiones, es posible una empresa. La lucidez completa

31 Cioran, E, *Extravíos*, p. 38.

32 Dostoyevski, F, *Memorias del subsuelo*, pp. 32-33.

33 *Ibidem*, p. 10.

es la nada.³⁴

A decir verdad, el exceso de lucidez tiene por colofón la más fría indiferencia. Y, es que, en sí misma, la razón es indiferente: no le es posible establecer discrepancias puesto que éstas ocupan predilecciones. No obstante, una vez allanadas las inclinaciones, tanto las elecciones como las acciones se tornan imposibles.

Cabe hacer aquí una referencia al asno de Buridán, que murió de hambre por su incapacidad de elegir entre dos montones de heno idénticos. Las decisiones racionales presuponen preferencias y éstas, a su vez, presuponen diferencias. Cuando todo queda equilibrado, nos apremia más la necesidad de establecer nuevas diferencias.³⁵

En efecto, el infecto de lucidez, al ser bloqueado por la indiferencia, se tornará en un apático empedernido. Por el contrario: «Sólo está inclinado a producir quien se equivoca sobre sí mismo, quien ignora los motivos secretos de sus actos. El creador que ha llegado a ser transparente para sí mismo, deja de crear»³⁶. No obstante, el espíritu que ha derrumbado el puente que le unía al mundo, será tragado por las fauces del tedio y del aburrimiento. Por paradójico que parezca, es la misma razón, que en un primer momento nos colmó de motivos extra-rationales para actuar, la encargada de vaciar cualesquiera motivaciones.

Todo conocimiento implica cansancio, repugnancia de ser, distanciamiento, porque *todo conocimiento es una pérdida*, una pérdida de ser, de existencia. El acto de conocimiento no hace más que agrandar la distancia que nos separa del mundo.³⁷

34 Cioran, E, *Conversaciones*, p. 229.

35 Lars Svendsen, *Filosofía del tedio*, p. 57.

36 Cioran, E, *Ese maldito yo*, pp. 173-174.

37 Cioran, E, *El libro de las quimeras*, p. 42.

2.5.- La pereza como equivalente de la lucidez.

¡Por qué no decirlo, a ojos de Cioran y del *hombre del subsuelo*, la clarividencia ha de confinarnos en una suerte de desdén por el mundo y por la propia existencia! De ahí que, para ambos, la pereza sea el equivalente de su escepticismo vital. «¡Qué puede hacerse si la misión única y directa de todo hombre inteligente está en la cháchara, es decir, en la consciente e inútil pérdida de tiempo!»³⁸. Incluso, hay una correlación entre apatía y sabiduría puesto que: «Cuando se ha salido del círculo de errores y de ilusiones en el interior del cual se desarrollan los actos, tomar posición es casi imposible. Se necesita un mínimo de estupidez para todo, para afirmar e incluso para negar»³⁹.

En cualquier caso, una delgada línea separa a la clarividencia de la apatía: un cuerpo lúcido patentiza su escepticismo a través de la pereza. En este sentido, la clarividencia es una enfermedad espiritual. «Les juro, señores, que ser demasiado consciente es una enfermedad, una enfermedad verdadera, completa. Estoy firmemente convencido de que no sólo la mucha conciencia, sino incluso cualquier conciencia es una enfermedad»⁴⁰. No olvidemos que para Cioran el conocimiento -además de ser aciago- es, ante todo, trágico.

La tragedia del hombre es el conocimiento. Siempre he notado que, cada vez que tomo conciencia de algo, el sentimiento que tengo al respecto resulta debilitado. Para mí el título más hermoso que se haya dado jamás a un libro es «La conciencia como fatalidad». (...) ese título es la fórmula que resume mi vida. Creo haber sido hiperconsciente toda mi vida y en eso estriba su tragedia.⁴¹

Ahora bien, si se me pidiese que resumiera las ideas anteriores, elegiría estas líneas cioranianas:

38 Dostoyevski, F, *Memorias del subsuelo*, p. 35.

39 Cioran, E, *Ese maldito yo*, p. 47.

40 Dostoyevski, F, *Memorias del subsuelo*, pp. 13-14.

41 *Conversaciones*, p. 31.

Me he aburrido toda mi vida y la literatura rusa gira en torno al aburrimiento, es la nada continua. Yo mismo he vivido el fenómeno del tedio tal vez de forma patológica, pero lo he hecho porque quería aburrirme. El problema es que, cuando te aburres en todas partes, estás perdido.⁴²

3.- La tragedia del hombre es el conocimiento.

Antes de finalizar este apartado, es necesario precisar que ni Cioran ni Dostoyevski son los adalides de la línea de pensamiento que juzga a la lucidez como el mayor suplicio humano. Ambos son legatarios de las exhortaciones de la tragedia griega y de la tradición judeo-cristiana. Si algo conviene aprender de estas narraciones, es que el dolor y el conocimiento se abrazan en un maridaje indisoluble. ¿Acaso no fue por mor de la conciencia que nuestros primeros padres fueron desterrados de los deliciosos vergeles de Edén y de Mecona?

3.1.-Algunas advertencias sobre el exceso de lucidez en la tragedia griega.

¿Es menester recordar que los escritos de los poetas griegos están atestados de advertencias sobre los excesos del discernimiento? Sófocles, por ejemplo, en *Las traquinias*, señala cómo las ávidas pesquisas de Deyanira le arrebataron la vida a su amado Heracles. Y, en *Edipo rey*, expone cómo la búsqueda insaciable del conocimiento de Edipo desembocó en la ruina para él, para su familia y para su gleba. Sin embargo, me parece que fue Esquilo, en el *Agamenón*, quien mejor condensó la enseñanza de la tragedia griega cuando sentenció que: «Zeus puso a los mortales en el camino del saber, cuando estableció con fuerza de ley que se adquiera la sabiduría con el sufrimiento».⁴³

42 *Ibidem*, p. 230.

43 Esquilo, *Agamenón*, v. 179-184.

3.2.- Eva eligió el conocimiento a costa de su propia felicidad.

Por su parte, el relato judeo-cristiano del *Génesis* refiere que la historia inició porque Eva eligió el conocimiento a costa de su propia felicidad. El saber es el fruto aciago por excelencia. La conciencia coincide con el fin del paraíso pues, desbloqueó el eterno presente e inauguró la historia. «Nos hemos convertido en *hombres y hemos salido del paraíso del ser. Éramos absoluto. El conocimiento ha levantado un muro insalvable entre el hombre y la felicidad*»⁴⁴. En el corazón de esta tradición, la razón es la navaja que desgarró la capota que nos guarnecía en la paradisiaca imbecilidad y nos expulsó al sufrimiento consciente. Razonar equivale a enemistarse con la placidez: la lucidez es sinónimo de sufrimiento. Por ello, en palabras de Cioran:

Sólo ha habido un descubrimiento en la historia mundial. Se encuentra en el primer capítulo del Génesis, donde se habla del árbol de la vida y del árbol del conocimiento. El árbol del conocimiento, es decir, el árbol maldito. La tragedia del hombre es el conocimiento.⁴⁵

3.3.- Los dioses condenan toda forma de clarividencia.

En este orden de ideas, Lucifer y Prometeo (ladinos soberanos de los ángeles caídos por mor del pecado del conocimiento) nos muestran cómo la clarividencia abreva de las lágrimas manadas del dolor. Uno y otro nos otorgaron semillas de vida permutadas en frutos podridos.

El gesto de Lucifer, como el gesto de Adán, uno precediendo a la Historia, el otro inaugurándola, representan los momentos esenciales del combate para aislar a Dios y descalificar su universo. Ese universo era el de la felicidad irreflexiva en lo indivisible. Todos aspiramos a él cada vez que estamos hartos de cargar con el fardo

44 Cioran, E, *El ocaso del pensamiento*, p. 299.

45 Cioran, E, *Conversaciones*, p. 31

de la dualidad.⁴⁶

En efecto, Dios (a través de Eva y Adán) negó al género humano la posibilidad de repantigarse en la felicidad. No hay alegría lúcida. Mientras nos sirvamos de la consciencia –y nos dejemos servir por ella– no habrá júbilo. En el fondo, los dioses condenan toda forma de clarividencia. Por un lado, Zeus castigó a Prometeo, por haberle burlado y por entregar a los mortales el fuego del saber. En primer lugar, mandó a que le encadenaran en la cúspide de las rocas del Cáucaso para que los inmisericordes rayos del sol resecaen su piel. En segundo lugar, envió un águila voraz para que le tragase el hígado durante el día, por la noche dicho órgano se le renovaba para volver a ser picoteado tras cada nuevo amanecer. Por otro lado, el Dios judeo-cristiano gratificó la astucia de Satán con su repudio eterno (por incitar a los primeros padres a atragantarse con el fruto del discernimiento).

4.- Bibliografía

Cioran, Emil (1934) *En las cimas de la desesperación*; [*Pe culmile Disperari*]. Ciudad de México: Tusquets, 2012 [1ª ed.].

- (1936a) *El libro de las quimeras*; [*Cartea Amagirilor*]. Ciudad de México: Tusquets, 2013 [1ª ed.].

- (1940) *El ocaso del pensamiento*; [*Amurgul gândurilor*]. Ciudad de México: Tusquets, 2009 [1ª ed.].

- (1945) *Extravíos*; [*Razne*] Madrid: Hermida Editores, 2018 [1ª ed.].

- (1952) *Silogismos de la amargura*; [*Syllogismes de l'Amertume*], Barcelona: Tusquets, 2014 [6ª ed.].

- (1964) *La caída en el tiempo*; [*La Chute dans le temps*]. Barcelona: Laia/

46 Cioran, E, *La caída en el tiempo*, pp. 76-77.

Monte Ávila, 1988 [2ª ed.].

- (1969) *El malvado demiurgo*; [*Le Mauvais démiurge*]- La Plata: Terramar, 2012 [1ª ed.].

- (1973) *Del inconveniente de haber nacido*; [*De l'inconvénient d'être né*]. Ciudad de México: Taurus, 2015 [1ª ed.].

- (1987) *Ese maldito yo*; [*Aveux et anathèmes*]. Ciudad de México: Tusquets, D.F., 2010 [2ª ed.].

- (1957-1972) *Cuadernos*; [*Cahiers*]. Barcelona: Tusquets, 2000 [1ª ed.].

- (1995) *Conversaciones*; [*Entretiens*]. Ciudad de México: Tusquets, 2012 [1ª ed.].

Bibliografía complementaria

Dostoyevski, Fiodor. *Memorias del subsuelo*. Barcelona: Bruguera, 1983.

- *Las noches blancas; El sueño de un hombre ridículo*. Buenos Aires: Ediciones selectas, 1937.

Esquilo. *Agamenón*. Madris: Gredos, 2006.

Svenden, Lars. *Filosofía del tedio*. Ciudad de México: Tusquets, 2008.

Vartic, Ion. *Cioran ingenio y sentimental*. Madrid: Mira, 2009.